



Antonio Cellano lo dib.º

Rafael Esteve lo grabó.

RETRATO DE CRISTÓBAL COLÓN.

Dibujado por Antonio Cellano, y grabado por D. Rafael Esteve. El dibujo está sacado de un cuadro original pintado en América por Vanloo, el cual existe en la galería del Excmo. Sr. Duque de Veragua y de Albuera. Se sacó y se saca 2.ª vez y se saca 2.ª vez y se saca 2.ª vez de ancho.



CRISTOBAL COLON: UNO Y VARIO

El descubrimiento de América fué acontecimiento que desbordó al propio descubridor. Si los grandes hombres—incluso los enchisterados—apenas han tenido tiempo de retratarse (díganlo la ausencia de un retrato auténtico de don Miguel de Cervantes) y si una cosa es vivir y otra quedar en la vida, la efigie de Cristóbal Colón queda extraviada en un nimbo de gloria verdadera, de acontecimiento que impide todo reposo, de asombro que turba toda serenidad.

Mientras tanto, en la sombra espesa, los hombres han tratado de hallar, en un trance de inspiración, los rasgos del descubridor. Mitad presentimiento, mitad musa, (y otra mitad frente a toda lógica: el que cada uno ha dado «su época» en «su Cristóbal Colón»). El tiempo nos acompaña como sombra y en el juego de la alta fricción queda prendido nuestro día; y en la imaginación está el repertorio, inevitable, de las cosas y gestos que nos rodean.

Por eso traemos esta galería de «cristobalcolones» que son también medida del tiempo, ternura de homenaje, ofrecimiento de la escala de cada uno al fervor...

En definitiva, el ramillete está reunido con las flores abiertas al sol de cada mes. Uno y vario, también el siglo XX sigue dándonos su Colón: un Colón sereno, sin angustias; el que, quíerese o no está ya en el secreto de que existe una cartografía estupenda, unas señales de radio y unos buques veloces.

Es ésta, en definitiva, una religión a la que cada escuela, pintor, escultor, grabador, litógrafo, dibujante, ponen su cara.

Tomemos el ejemplo del grabado de la izquierda: Ni Cristóbal Colón (sino el IV Duque de Veragua, un descendiente), ni pintado por Vanloo, ni el cuadro de esta guisa, estaba en el Palacio de Liria, de Madrid.

Pero el siglo XVIII necesitaba ese Colón con armiños (reminiscencias de un cierto Luis XIV), la seda grave del vestido (¡oh, princesas de casa de Francia!) y, en el sillón muy encantadoramente de época (de la época del grabador), un sombrero de plumas muy bien tenidas... Esta mentira tan agradable, este homenaje tan deliciosamente falaz, este encanto embustero, era sabido por quienes realizaron esta preciosa estampa grabada por Rafael Esteve.

Pero... ¡silencio! El galante siglo XVIII es así y así tenía que decir la misteriosa verdad del rostro de Cristóbal Colón, perdido tras la cortina del polvo más glorioso de los siglos.—R. de R.

